

Irma Judith Lorentzen G. / Colegio de Psicología

OCTUBRE

En una noche
como ésta

 amor
las balas derribaron
a Leopoldo
Rodrigo Alberto

En una noche
como ésta

 amor
yo me quedé
muda
para siempre
y me fui convirtiendo
en odio.

II

Y recuerdo
tus últimas palabras
cuando
la noche
te fue cubriendo
Recuerdo siempre ese adiós a todos
desde
tus labios
quietos
desde tus ojos vacíos
de luz y de viento
recuerdo siempre
ese olor de la sangre
en tu cuerpo
que era también
el nuestro
y no olvido
tampoco
el rugido
de las balas y los lamentos
y aquella plaza

y aquella noche
que trascendían el tiempo.

III

Tus pasos
ya no remueven
las piedras
bajo la luna
tu trinchera
se quedó vacía
ya no se escuchan
los grillos
de tus zapatos
sobre los charcos
que ha formado la lluvia.

Tal sólo un murmullo
nos llega desde lejos
con el viento
y recordamos
entonces
tu cuerpo
tendido en la plaza
para siempre
dándole a cada minuto
su verdadero peso
y sus perfiles.

Tu muerte
fue
un puñado de semillas
para nosotros.

IV

Quiero
empezar de nuevo
cada noche
desde esta gran tristeza
a inventar
el mundo
poco a poco,
a entretejer
ramajes y gorriones
a descubrir
tu sonrisa
triste
a mojarme
un poco

de rocío
cada noche.

V

Cada mañana
quiero contarte
mis penumbras
cada mañana
mis sombras
mis olvidos.
Cada mañana
quiero decirte
el viento
y la lluvia
que moja mis zapatos
y esta soledad
del tiempo
que nos habita
a todos.
Amanecerá
amor
amanecerá de nuevo
para limpiar
de nosotros
el cansancio.

VI

Cuando
los niños puedan jugar
alegremente
con nuestras palabras
cuando se tiendan
en la hierba
y cuenten las estrellas
cuando
retocen
en las olas
y se tomen de la mano
sin distingos
se escribirá de nuevo
otro poema.

VII

Al caer la noche
un niño
quiso contar estrellas
desmenuzar la arena

entre sus manos
descubrir mariposas
sobre los ríos.

Aquella misma noche
en otro lugar
del mundo
un niño
jugaba con una espada
y perseguía fantasmas
en la huerta
jugaba a que era un soldado
y mataba a otros niños
que eran fantasmas.

VIII

Un niño
quería una estrella
para dormirla en sus juegos
quería el canto del mar
en el caracol de su sueño
quería el viento
para izar un papalote sin cuerda
y quería
al despertar
jugar un juego jamás jugado
y despertó. . .

y encontró
una espada fría
sobre el espejo
un tambor roto
de marchas y silencios
y una estrella
encarcelada entre galones.

IX

Si tuviera tiempo
amor
te haría
un arcoiris
de palabras.
Si tuviera tiempo
amor
derrocaría al tirano
con una epístola
gigante.

X

No quiero
más cristales rotos
a mi puerta
no quiero
tus ojos tristes
cuando se pierden
en el crepúsculo del tiempo
no quiero
las hojas secas
que caen a nuestro paso
destilando nostalgia
no quiero
tanto niño muerto de frío
en las calles de invierno
no
no
ni tambores
ni espada
ni galones
ni este tiempo
absurdo
en que los hombres
se mueren de espalda
a las estrellas.

XI

Después
un grito,
un lamento.
Después
tu nombre y mi nombre
que se tocan
en el viento
como dos hojas secas
en otoño.
Después
la sangre
que corre lentamente
esa sangre
sin cauce
que tanto me duele
y tan adentro.

XII

Cuando
ya nada quede
bajo este cielo
triste y oscuro,
cuando
ya nada quede
sobre esta tierra
yerma y sedienta.
Comenzaremos
de nuevo
a internarnos,
desde tus manos
desde las mías.